



Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baïbars”



IX – Jaque al rey de Roma

22 – La jugada se perfila

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2022
Número de páginas: 6
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

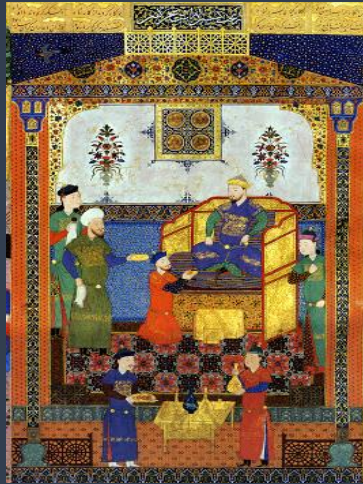


El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

IX. 22 ~ La jugada se perfila

“Las piezas se han ido moviendo en este gigantesco tablero de ajedrez, en el que monjes, reyes, el sultán Baibars y sus fidaus, han ido jugando con sus peones, avanzando torres, saltando caballos, e incluso neutralizando a una dama.



Mejleptor consigue una audiencia con el sultán Baibars, gracias a una bolsa llena de ducados, que entrega bajo cuerda al insaciable Ibrahim “Paladín de Doncellas” para que le facilite su entrada ante el rey y así poder cumplir con el encargo de los patriarcas que le aguardan ansiosos en el Convento de las Estatuas, en Nahr El-Kelb.

A partir de aquí: una audiencia que se desarrolla en un estudiado juego de preguntas y respuestas; un duelo dialéctico muy premeditado se establece entre el patriarca Mejleptor y el sultán El-Zâher Baibars: la partida se va cerrando, cuando el Patriarca consigue el permiso del rey para viajar hasta Roma, y allí intentar convencer al emperador Federico de lo inútil de su cruzada y del

engaño que ha sufrido por parte de las viudas y visires de los Reyes de la Costa, encarcelados en El Cairo; desenmascarando de paso, al temible y maldito monje Yauán... Tarea complicada, pero que el Patriarca Mejleptor se ofrece a llevar a buen término. Ya veremos...



El narrador prosiguió así su relato...

Ya es tiempo de contar a los nobles señores que nos escuchan que, bajo la apariencia del patriarca Mejleptor, en realidad se ocultaba el Maestro de las Argucias, Yamâl El-Dîn Shîha. Él era quien había elaborado toda esta sutil estrategia con la complicidad del sultán; él fue el origen de la clausura de todos los conventos —excepto el de Deir El-Tor—, y fue él también quien se había presentado ante Aflantín y los otros patriarcas, interpretando la comedieta que hemos visto. El verdadero Mejleptor no se había movido de su celda, y no tenía la más mínima idea de lo que se estaba tramando en torno a él. Pero, Ibrahim, cuya aguda inteligencia todos conocemos, había reconocido inmediatamente a Shîha a pesar de

su disfraz. Así que cuando entró en la sala del Consejo, se acercó al rey y le susurró al oído.

– *Efendem*, ahí está Shîha disfrazado de monje.

– Que entren él y su séquito –aprobó el sultán.

Ibrahim regresó al vestíbulo e introdujo a Shîha, acompañado de una delegación de diez monjes, no sin antes haberles hecho mil recomendaciones y advertencias.

– Prestad atención, monjes, tened mucho cuidado: ¡cuando entréis, os tenéis que quedar al fondo de la sala! ¡no miréis al rey a los ojos, no dejéis los brazos colgados a lo largo del cuerpo, y no le dirijáis la palabra, a menos que él os de permiso!

Debidamente aleccionados, penetraron en la sala, se inclinaron hasta el suelo, y luego se quedaron con los brazos cruzados respetuosamente y la cabeza baja. Mejleptor entonó una antífona en honor al rey, y los otros cantaron a coro el “Amén”. Mientras tanto, algunos monjes trajeron las bolsas de oro y las depositaron delante del trono. Luego, Mejleptor se calló, esperando a que el rey le dirigiera la palabra.

– ¿Qué quieres, monje? –le preguntó el soberano.

– Oh, *rey*, vengo a traerte estas mil bolsas; es posible que sea un presente muy modesto para un soberano tan poderoso, pero representa todo lo que poseemos. También, me atrevo a esperar que Tu Majestad me hará el inmenso honor de aceptarlas, y que eso me permitirá hacerte una pregunta, una sola, a la que te suplico con toda humildad que te dignes responder.

– No merecía la pena traer mil bolsas para eso –objetó el sultán–. Recógelas y hazme tu pregunta: te la responderé gratis.

– ¡No, no, por mi religión! –protestó el patriarca. Desde el momento en que las he depositado a tus pies, no puedo, bajo ningún concepto, cogerlas de nuevo. Dígnate aceptarlas, oh, *rey*, pues yo he oído decir que el profeta Muhammad permitía los regalos y rechazaba las limosnas.

– Está bien, en ese caso, lo acepto de buen grado.

Entonces, el soberano mandó a los *shauísh* a que avisaran a Baylabak, el *jazindâr*¹; cuando llegó, le dio la orden de que entregara las mil bosas al tesoro del Estado; luego, prosiguió su audiencia con Mejleptor.

– Puedes exponer tu pregunta, monje.

– Oh, *rey*, mi pregunta –que no es, ni mucho menos, una crítica a las decisiones de Tu Majestad– concierne a estos pobres monjes, que vivían apaciblemente en sus monasterios, sin hacer daño a nadie, y sin mezclarse en asuntos mundanos: yo desearía saber qué falta, qué crimen han cometido para que tú les hayas echado. Tú eres conocido por tu equidad

¹ “El tesorero”.

entre los reyes; Dios no quiera que en esta coyuntura hayas cometido una injusticia. No dudo, ni por un instante, que tengas reproches reales que hacerles; solo que me gustaría saber cuáles son.

– De acuerdo –asintió el rey–, pero yo también tengo una pregunta que hacerte: ¿Con qué nombre se conoce tu oficio entre los pueblos y los reyes?

– Señor, se me da el título de *râhib*, es decir “monje”, y también el de *batrak*, es decir, “patriarca”.

– Muy bien. ¿Y puedes explicarme el significado de estas dos palabras? Después, yo responderé a tu pregunta.

– Oh, *rey*, la palabra *râhib* viene, por una parte, de *murtahib*, que quiere decir “separado del mundo”; porque el monje es el que no deja un lugar en su espíritu para los bienes y placeres terrenales. De hecho, vosotros también, cuando un hombre no está casado, ¿acaso no decís: “él no ha entrado en el mundo”? Y eso es porque el matrimonio es la mayor de las delicias terrenales –claro está, a condición de ir después al hamam¹. Por eso, precisamente, el monje, para nosotros, es aquel que no entra en el mundo; es decir, aquel que no se casa. Por otra parte, *râhib* también procede del término *irhâb*, que significa “temor”: en consecuencia, el monje es “el más temeroso de Dios”. En cuanto a *batrak*, esa palabra procede de *tarak*, que significa “dejar, abandonar”. De modo que el patriarca es aquel que ha abandonado el mundo y se ha retirado, renunciando a mezclarse en asuntos profanos.

– Buena respuesta –aprobó el rey– Pero dime, al monje y al patriarca, ¿dónde se les encuentra? O, si lo prefieres, ¿en qué lugar habitan?

– El monje lleva una vida errante. La mayoría de las veces, se alimenta de las hierbas de los campos y bebe el agua que cae del cielo. Cuando llega la noche, busca una gruta, una cueva, o cualquier abrigo para adorar a Dios en soledad. En cuanto al patriarca, reside en una iglesia o en un convento, en donde adora a Dios conforme a la regla de su Orden, y ruega por los fieles de su comunidad. Todos los domingos, sube al púlpito, abre su libro y exorta a los monjes a que obren el bien. Ese es su cometido, y no debe en modo alguno abandonar su iglesia o su monasterio, aunque de ello dependiera la suerte del mundo.

– ¡Una vez más, bien respondido! Otra cosa: ese Yauán, ¿cuál es su estatus entre vosotros?

– Oh, *rey*; Yauán también es un monje y un patriarca.

– Muy bien, entonces, dime: ¿por qué no se conforma con los deberes de su cometido? ¿Por qué anda siempre caminando por montes y valles, montado en su burra, y buscando

¹ El Derecho musulmán prescribe que se ha de tomar un baño después de las relaciones sexuales, con objeto de restablecer el estado de pureza legal, indispensable para llevar a cabo las cinco oraciones diarias.

fomentar revueltas? ¿Por qué anda siempre metido en las casas de los reyes francos, intentando soliviantarles contra mí? Aparte de eso ¿ha hecho alguna otra cosa en toda su vida? Ahora, dime, ¿si yo le retengo aquí prisionero, estoy cometiendo una injusticia con él?

– ¡No, por mi sangre y mi religión! –respondió Mejeptor– ¡Ese canalla se tiene bien merecido lo que le pasa!

– Y si mantengo también en prisión a los reyes de la Costa que, instigados por ese Yauán, me declararon la guerra, ¿tengo yo razón, o me equivoco?

– Ahí tampoco hay nada que objetar –concedió Mejeptor–. Desde el momento en el que ellos han invadido tus tierras con el fin de arrasas tu reino y hacerte la guerra, y que han caído en tus manos, pueden sentirse muy afortunados de que te hayas limitado a ponerles en una mazmorra; a fin de cuentas, habrías estado en todo tu derecho de infligirles la *mantara*.

– Así pues –prosiguió el rey–, ya ves que en la actualidad tengo en mi prisión a siete reyes, además de a Yauán y a Bartacush. Ahora bien, acabo de saber que Federico les ha concedido su protección, y que se dispone a invadir mis tierras para liberarles. ¡Si ese Federico, por muy emperador que se crea, tuviera dos dedos de sentido común y de inteligencia política, habría empezado por interesarse por mis razones, pero ese inútil está tan seguro de su éxito, que su ambición no conoce límites! Desde el momento en que ha transgredido los usos y costumbres establecidos en las relaciones entre los reyes, no veo por qué debería yo conformarme con su ataque; así que, en respuesta a su desafío, he ordenado cerrar los lugares de culto y las iglesias. Además de que he decidido derribar el Santo Sepulcro y sustituirlo por una fuente para las abluciones, adosada a la mezquita de El-Aqsa. De ese modo, él tendrá un motivo válido para hacernos la guerra. Ahora, respóndeme, Mejeptor: ¿tengo yo razón, o no la tengo?

– Oh, *rey* –respondió el monje tras unos instantes de reflexión–: en lo que respecta a Yauán, ni siquiera ya nosotros mismos le consideramos ni monje, ni patriarca. Lo fue al principio, desde luego, pero, cuando se descubrió que era un bastardo y que solo iba sembrando cizaña por todas partes, fue excomulgado por todos los monjes, y no nos volvimos a preocupar de su suerte. En cuanto a Federico, origen de todas nuestras desgracias, ¡yo mismo le voy a calentar las orejas, y te garantizo que le van a silbar los oídos! Solo tengo una súplica que hacer a tu Majestad: permite que los monjes vuelvan a sus monasterios.

– El caso es que yo he jurado solemnemente arrasas todos los lugares de culto cristiano en cuanto el primer soldado franco pusiera el pie en mi territorio –le explicó el sultán–. Además, Federico me trae sin cuidado; gracias a Dios, tengo tropas en abundancia, y cada uno de mis soldados es capaz de plantar cara a mil de sus patricios.

– No lo dudo, oh, *rey* –asintió el viejo monje–; pero, no obstante, te suplico que me autorices a continuar con mi plan: déjame ir a Roma a decirle a Federico lo que pienso. Estoy convencido de que le haré arrepentirse y le obligaré a presentarte sus disculpas y a ofrecerte un rescate para la liberación de los reyes. De ese modo, habremos resuelto este conflicto pacíficamente; lo que es preferible, pues derramar sangre inútilmente es un grave pecado en todas las religiones.

– Actúa como mejor te parezca–concluyó El-Zâher.



Próximo relato de “Jaque al rey de Roma”:

IX.23 – “Al rey Federico le tiran de los bigotes”